

la playa. Cuando su memoria quedaba al descubierto, sor Noeline procuraba desviarla, llamar á la calentura y que de nuevo se la cubriera. No quería recordar, instintivamente se escondía en la fiebre por fundados temores de que al recordar recordaría algo muy desagradable. Representábale su memoria el sobrescrito de una carta portadora de malas nuevas que adivinamos antes de leerlas, por lo que no nos decidimos á rasgar el sobre y á enterarnos del contenido. Por otra parte, sentíase tan bien en aquella estancia muda, con escasa luz y un vago aroma á limpieza y á incienso; dentro de aquella cama limpia y blanda, que ya no era la del sufrimiento, en la que se proporcionaba frescores suaves, con sólo estirar ó recoger un miembro; en cuyos colchones, lienzos y almohadas creía haber dejado á guardar sus fuerzas, que ellos devolvíanle delicadamente, con súbitos cansancios deliciosos; en los que se acomodaba su cuerpo, en los que su profunda laxitud, esa especie de desmayo que la embargaba, obligábala á permanecer inmóvil,

en inmovilidad casi voluptuosa; tan bien sentíase así, que anhelaba en secreto que el bienestar se prolongara, muchos días más, muchos años, así, el cuerpo como fundiéndose y disgregándose con lentitudes de recompensa, adormecido el ánimo y el cerebro en letargo; percibiéndose las sensaciones, las ideas, los recuerdos, debilitados, peregrinos de largo viaje que á su arribo é instalación en nosotros no tienen fuerzas para lastimarnos, para preocuparnos siquiera... Trepaba del jardín y por una de las entreabiertas ventanas colábase hasta el lecho de la religiosa, mezclada fragancia de troncos de árboles, de hojas secas y de tierra mojada, la que humedecía el jardinero sin duda, pues sor Noeline oía el chorro de agua, sus chasquidos de fulminante al salir por el estrecho conducto de la manguera, y luego, cuando se abre en forma de abanico y al derramarse empapa flores y ramas, su ruido especialísimo de catarata diminuta. Con ese ruido entraban alegre silbar de pájaros, rumor de voces infantiles y distantes, allá, en los alrededores de la

capilla; ecos de carreras, de risas tan frescas como el chorro de agua del jardinero, y de más allá, pero de mucho más allá, un confuso jadear de monstruo, de la ciudad, y un apagado clamoreo de pisadas de caballos, de rodar de coches y de carros, de cornetas de tranvías. De pronto, el Colegio enmudeció, calláronse las voces y risas infantiles, y sor Noeline en su somnolencia febril no supo á qué atribuirlo; la noción del tiempo se le borraba y ella en lugar de aclararla, cerraba los ojos, estirábase debajo de las sábanas, hundíase más en los restos de su calentura para no volver sino lo más tarde posible á la vida real ¿qué día era ése? ¿qué hora sería? ¿por qué las niñas se callaban? ¿qué gusto que ella no sabía nada ni de nada se daba cuenta precisa! ... Y el órgano que empezó á sonar en la capilla, en la misa diaria de las ocho, también llegó á su oído contribuyendo á sumirla en el acabamiento aquél; sus armonías místicas, después de recorrer las arcadas del patio y los jardines y antes de seguir su alada marcha rumbo al espacio y rumbo al

Cielo, diríase que se acordaban de ella y que iban á preguntarle al oído qué anhelaba, qué pedía, pues las notas, todas trémulas y vibrantes, deteníanse en la enfermería, abatíanse sobre sor Noeline, sobre su cama blanda y su espíritu adolorado, como en algunas estampas que sor Noeline recordaba haber visto, hay un ángel vaporoso y blanco en espera de que un enfermo rinda el alma, para con ella amorosamente entre las manos, volar hasta las nubes. Pues ella quería una cosa análoga, volar entre las notas del órgano y con ellas perderse donde ellas se perdieran.... aunque ¿para qué irse si se sentía tan bien?.... Todavía su memoria no le resucitaba su desliz mental; sí sabía que *algo* anormal la retenía en el lecho; que su puesto á tales horas, fueran las que fuesen, estaba al lado del órgano ó al lado de las niñas, pero ahí paraba su ciencia, ahí hacía la parar, horrorizada de antemano de saber más, encerrando á su voluntad dentro de los linderos de esa su dulce ignorancia, en la que se mecía, se mecía hasta arrullada por el órgano....

Conforme la mañana fué entrando, sor Noeline recobró el pleno dominio de su inteligencia; y los recuerdos que poco antes perezosos y torpes la rasguñaban apenas, ahora se le clavaban con fuerza, comenzó á saber por qué se hallaba acostada en la enfermería; la escena de su confesión reconstruíase por sí misma y con ella reaparecía el motivo, Rafael, el papá de la Nona, siempre instalado y medio oculto en sus adentros de religiosa, en pecado mortal de impureza. Se estremeció y la hermana que la cuidaba se acercó en el acto, afectuosa y sonriente.....

— *Désirez vous quelque chose, ma soeur?*

¡Deseaba tanto!..... Y se incorporó dispuesta á formular muchas preguntas, á inquirir muchas cosas.

— *Ça non, soeur Noeline, c'est defendu; couchez vous et surtout ne parlez point*—le dijo su cuidadora amenazándola con un dedo, en broma, como se amenaza á los chiquillos cuando trata uno de que se rían.

Sor Noeline se reestó y sonrió en efecto, mas con qué envidia tristísima frente á la

tranquilidad de conciencia que su enfermera revelaba en movimientos y actitudes. Véjala ir y venir; componer el embozo de la cama, prepararle una bebida, abrir un poco las maderas de la ventana para que entraran más luz y más aire; véjala caminar sin ruido, alerta y expedita á pesar del hábito, contenta, con un mirar sereno y límpido, de sér perfeccionado y sin conflictos morales que lo atormenten; radiante el rostro, con ligeras palideces de marfil que comienza á envejecer de puro bien guardado; con su edad y sus carnes igualmente disimuladas é igualmente indefinibles; alta su frente, sin remordimientos que se la humillaran; su conjunto todo de mujer victoriosa, en camino de ganarse la gloria por sus merecimientos propios. Viéndola, sor Noeline, pensó que también ella había sido igual, que había sido el orgullo de los dos claustros, el de Burdeos y el de México, y la mimada de las superioras que la llamaban: "*mon enfant*." También ella, al renovar sus votos, aunque le pareció escuchar que el obispo declaraba que era demasiado

joven, los renovó con entereza y con entusiasmo, perfectamente penetrada de las obligaciones que contraía y perfectamente resuelta á cumplirlas, pidiéndoselo á Dios y á la Virgen, ofreciendo esa misma juventud que de nada le servía, esa su belleza de la que se sabía poseedora por lo que se lo habían dicho cuando podían decírselo y porque su femenina condición hacíasela ver en espejos y cristales, en las miradas con que la gente en la calle la aplaudía y que á ella la turbaban y le encendían el rostro. Y ella creyó que así como al cortarle su cabello, sus hermosísimas crenchas que al resbalarle por el cuerpo y los vestidos, la despidieron envolviéndola en maravillosa túnica de oro que deshecha rodó á sus pies y que su madre recogió cubriéndola de lágrimas y besos, creyó que su juventud y su belleza se las cortaban igualmente, con invisibles y eficaces tijeras, y que si acaso como el cabello crecían de nuevo, de nuevo y sin esfuerzo,—sin que ella sobre todo pecara por el involuntario y fatal crecimiento,—se las cortarían para que no le

estorbaran su salvación. Y he aquí que uno de los que hubiera debido ejecutar la poda saludable, en vez de intentarla, bautizaba de amor á la inopinada dolencia y le negaba un auxilio, le cerraba las puertas de su confesonario. Pues cuando eundiera la noticia de su mal,—¿habría eundido ya?,—religiosas y alumnas la abandonarían también, la echarían á la calle, fuera del Convento, sin su ropaje de monja, y entonces, ¿qué sería de ella, en un país ajeno, desconocida por sus pobladores, tan lejos de su madre y sin recursos?.... Aunque la imagen de Rafael continuaba obsesionándola á pie firme, la aterrorizaba calcular que á él podría acudir.... eso sí que no y menos ahora que por culpa de él se encontraba en situación tan difícil. Primero morir en un rincón, que aproximarse al enemigo que abusando de su sueño habíala obligado á cometer su crimen. Lo que es despierta, no le consentiría ni una palabra, ni un gesto, así á ella la expulsaran y tuviera que irse por ahí pidiendo limosna, después de haberse

estropeado con sus manos su tez juvenil, sus grandes ojos azules, cuanto pudiese agradar á los transeuntes. ¡Si pudiera uno á voluntad inspirar horror físico á los que nos miran, aseó invencible por nuestro aspecto!.... ¡Si ella pudiera buscarse una de esas enfermedades que deforman la cara y devoran la carne ó con llagas le arrebatan sus hechizos!.... ¡Si al menos no volviera á levantarse y muriera en su Convento, pura todavía y todavía ayudada de fray Paulino, quien, en tan supremo trance, claro está que se ablandaría! Expiraría rodeada de sus hermanas las religiosas y de las niñas que la amaban; y en tanto que su alma volaría con las notas del órgano de la capilla,—como había volado con ellas su canto de doncella consagrada á la Iglesia,— á su cuerpo rígido y limpio de materiales sensualidades, lo tenderían en esa misma enfermería, sin despojarlo del hábito que no deseaba perder, lo rodearían de cirios medio escondiéndolo entre muchas flores del jardín del Colegio, que sus hermanas y sus alumnas bajarían á arrancar para

desparramarlas encima de ella, muchas flores, muchas flores que la ocultarían toda, excepto la cara en la que se le evaporarían algunas gotas de agua bendita; excepto las manos, que encrucijadas, oprimirían fuertemente el Cristo de su rosario, por varios años pendido á su estrecha cintura casta!.... ¡Si aconteciera eso, ese fúnebre cuadro que los resíduos calenturientos le hermoseaban haciéndoselo de veras apetecible!..... Pero en su lugar, penetraron á la enfermería la madre superiora y el médico del establecimiento; las ventanas se abrieron más; arrastraron sillas; hubo cuchicheos y ausencia de enfermera; á sor Noeline le tomaron el pulso sin su consentimiento.

—*Ça va mieux, soeur Noeline?*....

Y el médico respondió por ella, rasgando su anhelo de muerte:

—¡Salvada, madre superiora, está salvada!

¡Salvada sin morir!.... Sor Noeline no lo creyó, y antes que contestar á las preguntas del facultativo, le cobró momentánea antipatía, vióse tentada de decirle que se quedara con aquella vida que venía á

garantizarle y á la que la enferma renunciaba, á causa de los miedos que le sugería, por ser la más fuerte.

—Déle usted gracias á Dios, hermana Noeline, porque la juventud de usted es la que la salva,—agregó el médico contentísimo, sin sospechar que con su observación fisiológica aumentaba las congojas de la convaleciente, que detestaba su juventud por ser el principal factor de su drama íntimo. En su fuero interno, tenía inferido que las juventudes son perniciosas en los claustros, supuesto que las religiosas con quienes vivía, conforme representaban más años representaban también más dicha tranquila. Y no pudiendo contrariar las leyes naturales que la salvaban, muy tristemente replicó al técnico cuestionario prolongado y necio, que analizaba una misma cosa con preguntas y repreguntas fastidiosas de individuo que no se halla seguro de su oficio, que desconfía é ignora.

Concluido el interrogatorio, el médico recetó, luego dictó su plan:

—Hoy la levantamos, madre, sí, hoy que

el día está soberbio; y bien abrigadita, la sacaremos á nuestra selva ¿eh? á lo que Uds. llaman el jardín grande.... bueno, allí la colocaremos debajo de los árboles, á que el sol la bañe sin pegarle demasiado en la cabeza, para que no nos compliquemos con una cefalalgía. La dejaremos allí, sin hablarle, hasta eso de las cinco; allí le daremos su caldo y, cada dos horas, estas cucharadas que traerán de la botica..... Si por acaso le sobreviniera un síncope ó un desvanecimiento, pues estamos muy débiles, tomaremos hasta diez gotas del frasquito que diga "gotas", y á la cama en seguida. Yo volveré esta noche, temprano.

.... Nada de emociones ni de llorar con las alumnas, porque corremos riesgo de privarnos á las primeras de cambio..... ¡Ah! si la hambre nos aprieta, otro caldito esta noche, en substitución de la leche que hemos estado tomando... ¿Entendidos?...

—*Parfaitement, M. le docteur*— respondió la superiora, riendo de la verbosidad y de los plurales del médico.

—Y en cuanto á Ud., señora mía?—siguió

el doctor, encarándose con sor Noeline,— ya que salimos por casualidad con bien de ésta, no volvamos á las andadas; amárrese y sujétese un poquito esa imaginación meridional; menos éxtasis y menos fantasías, porque las fiebres que atacan al cerebro, matan casi siempre.

Con la inteligente y silenciosa rapidez que los conventos despliegan en todas sus operaciones interiores, sor Noeline fué vestida, acomodada en un sillón de cuero y transportada de la enfermería al “jardín grande”, el que se encuentra á los fondos del enorme edificio, separado por una zanja de los terrenos vecinos y baldíos en su mayor parte que lo aislan totalmente casi; terrenos que aguardan la erección en ellos de las casas nuevas que día á día parecen brotar de su suelo estéril y sin sembrados, como la natural florecencia de esos eriales suburbanos que, por lo pronto, sirven de basureros, de refugios nocturnos á perros sin dueños y á gente miserable que levanta sobre su superficie zaquizamies mugrientos de una sola puerta, tenebrosos y antihigié-

nicos; terrenos en que por excepción se descubre un árbol enano, anémico, triste, que agoniza en el impropio oficio á que lo sujetan de tendedero de harapos; terrenos en que por milagro crece un maizal de cinco ó seis cañas enfermas, torcidas, polvorientas...

No fué difícil hallar para sor Noeline, en el boscoso jardín del Colegio, un sitio á propósito que reuniese las condiciones exigidas por el médico: sol para el cuerpo y sombra para la cabeza. Como era jueves, día de visita á las internas, éstas y las externas andaban de asueto, en espera de que sucesivamente las llamaran de los dos locutorios, de la parte de sus familias;— las que sin parar arribaban en sus carruajes ruidosos de ricos, con verdaderos cargamentos de dulces y golosinas, saludos, pequeños gritos ahogados y exclamaciones de buen tono. Mas sabiendo las niñas que sor Noeline, mejorada ya, pasaría por los patios, sin prohibición de la superiora ni de las hermanas para verla, mantuviéronse en observación hasta la hora del descenso,

y al efectuarse éste, agrupáronse en la puerta de salida.

Bastante pálida apareció sor Noeline en su sillón, que en brazos conducían cuatro legas. Abría la marcha la superiora, seria y grave, y la cerraba una religiosa empujándose por detrás del respaldo del sillón y con un pomo de sales en la mano, que acercaba á sor Noeline, retirándose á poco con pausado ademán de brazo, á la vez que lo tapaba con un dedo, á fin de impedir que el reconfortante se evaporara. Muy juiciosas las niñas, sin despegar los labios, incorporáronse en desorden á la procesión, confundiéndose su menudo é inquieto andar,— algunas corrían por contemplar mejor á la monja enferma y otras por alcanzar á la condiscípula predilecta, en cuyos hombros se apoyaban,— con el continuo bullicio de los carruajes que se detenían á la puerta de la calle; con los llamados que á distancia gritaba una hermana: “María Rubio”, “Rosario Domínguez”; con el zumbido de los insectos alados é invisibles del jardín y con

el apacible chorro de agua de la manguera, que el jardinero asestaba á las flores y grama de los arriates.

Sor Noeline, con sus ojos azules cerrados para no desvanecerse, sonreía á su juvenil escolta, dirigía la palabra á las muchachas de su dormitorio, ¿habían rezado por ella? ¿habíanla echado de menos?

— Yo hasta he llorado, sor *Noelina*,— exclamó la Nona sin poder reprimirse, yendo á besarle á su ídolo una de sus manos pendiente del brazo del sillón,— ¿verdad que no ha estado Ud. enojada conmigo?

— *Chère enfant!*— murmuró sor Noeline, abriendo los ojos para ver y acariciar á la Nona, y cerrándolos inmediatamente por el vértigo que la asaltó y que la puso más pálida.

En el mismo instante, tornó á oírse la voz de la hermana que llamaba á las niñas:

— Leonor Bello!

— *Vas-y!*— terció la superiora volviéndose á la Nona que continuaba asida á la mano de sor Noeline,— *voilà ton père!*

Mientras la Nona partía á la carrera al

encuentro de Rafael, la procesión se detuvo porque á sor Noeline, más pálida aún, se le fué la cabeza de un lado, en repentino desmayo que alarmó á sus conductoras y acompañantes. Todavía trastornada por el vahido, aunque ya vuelta en sí, instaláronla bajo uno de los árboles de mayor corpulencia y ramaje, que resistía valeroso á los primeros cierzos invernales. Allí estaría divinamente; le dejaban una enfermera, la que venía asistiéndola desde los comienzos de la dolencia; y á las alumnas que lo solicitaron, se les permitió permanecer cerca de ella.

Á la Nona, como á todo niño que se supone poseedor de una noticia de importancia, tiempo le faltó para comunicar á Rafael lo que ocurría; lo que el Colegio entero comentaba por lo bajo.

—¿No sabes,—le dijo sentándosele en las piernas,— que sor Noeline está muy mala?..... ¿Por qué tiembles?..... ¿te peso mucho?..... Sí; es que ya no soy tan chica..... Pues verás, hace cuatro ó cinco noches.....

Y le contó el sucedido, la caída de sor Noeline junto al confesonario; los apuros de religiosas y educandas al transportarla á la enfermería; las repetidas visitas del médico.

—El que me curó á mí de la garganta, ¿te acuerdas?.....

Luego, con misteriosos aires, le contó que las “grandes” se escondían de ellas, las “pequeñas”, con objeto de platicar del asunto, como si á maravilla lo entendieran ó como si fuera algo malo que no debe decirse.

—¿Tú qué crees que será?..... Mira, ahora que se la llevaban al jardín, estaba pálida, pálida, con los ojos cerrados....

Y á medida que la Nona acumulaba detalles, la inquietud de Rafael crecía, entreviendo posible la realización de su sueño. Una de dos: ó sor Noeline de veras había enfermado de súbita y mortal enfermedad, ó todo aquello probaba claramente que la monja atravesaba por una gran crisis de su conciencia.... ¿amaría sor Noeline?..... y en ese supuesto ¿á quién amaba?.....

La sola sospecha de que amara á otro, á otro que no fuese él, puso á Rafael frenético.

—Á ver, á ver,—suplicó á su hija,—cuéntamelo todo, desde el principio y sin que se te olvide nada. ¿Cómo estuvo la cosa?.....

La Nona, inocentemente, hizo la historia del acontecimiento, desde el principio cual se lo exigían, desde lo que ella suponía el principio, aquel enojo extraño que originó en sor Noeline saber que en la hacienda habíanla recordado á menudo; la brusca interrupción que dió á la charla, su rezo prolongado en el dormitorio, hasta muy tarde ya, la manera cómo la rechazó cuando se le acercaba á contentarla....

Á continuación, la madrugada de sor Noeline, sus tristezas durante el día, la confesión á la tarde y el ataque sufrido en el confesonario.

—Yo no le hice nada ni de nada he tenido la culpa, ó ¿crees que se enfermaría por su enojo conmigo? ¿verdad que no?..... Y ahora sí ya se contentó, me ha dejado que le coja una mano....

—¿Tan enferma está?—preguntó Rafael casi en secreto, pegando los labios á la oreja de la Nona para disfrazarle su turbación hondísima y para que las demás personas del salón no advirtieran su dudosa curiosidad.

—Pero mucho, ¡si vieras cómo iba en su sillón!.... así, mira.

Y la Nona dobló su cabeza sobre el hombro de Rafael, dejó caer las manos, estiró sus piernecitas y cerró los ojos.

—¿Tú dirás!....—añadió en seguida, recuperando su postura anterior,—¿no estará muy mala?.....

Rafael, que ansiaba saber más y que sólo con la Nona érale dable adquirir informes, no se contuvo frente á la inmoralidad que perpetraba de convertir á su propia hija en la narradora de hechos inviolables. Preguntó y preguntó, en secreto siempre, en estrecho grupo los dos, que hacía volver la cara á los extraños, quienes sonreían á ese padre enamorado de su hija. La Nona contestaba sin cansarse, ora columpiando sus piernas, ora acariciándole el bigote á

Rafael, ora tejiendo aire con los dedos afilados de sus manecitas aristocráticas, cándida y buena, á millones de leguas del pecado ése que su padre, sin embargo, incubaba tan vecino á ella. Sí advertía el interés de Rafael, porque éste lo revelaba hasta el grado de que ella, una chiquilla, lo advirtiese por mucho que no se penetrara de sus causas; notó que su "papacito" se interesaba y le despepitó cuanto sabía, encantada en el fondo de su nuevo papel de improvisada persona mayor, con la que se habla formalmente. En su pintoresco parloteo de criatura, soltó toda la vida íntima del dormitorio, la hora de acostarse y la hora de levantarse, los nombres de sus dos vecinas de cama, el susto que cierta noche les procuró una araña peluda y negra, descubierta por casualidad en el fondo resbaladizo de una palangana de peltre, de la que el bicho no salía por más que meneaba todas sus patas y en la que entre varias la ahogaron con el agua de la jarra que una valiente vertía desde muy alto, trepada en una silla. No obstante las

indiscreciones de la Nona que desnudaba al dormitorio por el vanidoso afán de interesar más con su narración, fué ésta tersa y pura,—pues el que una de sus compañeras resultara caminando descalza ó con el camión caído al lavarse, en nada manchaba la escena. Sor Noeline conservábase á distancia, desvistiéndose tras su biombo ó antes ó después que las alumnas; invisible cual las demás religiosas, que ni de las niñas se dejan ver nunca, acorazadas por un pudor excesivo, místico, ideal.

Eran el obligado ritornelo de la plática sor Noeline y su enfermedad, y á una y á otra regresaban á cada paso. De pronto tuvo la Nona una inspiración:

—¿Quieres verla?—le preguntó á Rafael, que tembló.

—¿Qué tengo yo de verla, mujer, ni cómo habían de permitírmelo!....

—Si me prometes no acusarme con la madre,—agregó Nona triunfante,—yo te digo cómo la ves sin que necesites permiso.... Adivina!

—Vaya, vaya, no comiences con tonterías,

ten juicio—dijo Rafael, atrayéndola hacia sí nerviosamente.

—¡Tonterías!..... adivina, anda hasta te digo más, pero dame tu oreja,—y colocando sus dos manos en forma de bocina le murmuró al oído: Sor Noeline se halla ahorita en un lugar desde el que las “grandes” miran á sus novios.... ¿qué tal? ¿es tontería? ¿quieres que te diga dónde?... piensa tú y dime dónde crees que esté....

—Me voy á incomodar, Leonor. ¿Qué sabes tú de novios?—prorrumpió Rafael fingiendo una severidad que ni por asomos sentía,—no seas mentirosilla; en este encierro y con la vigilancia de las madres, qué novios ni qué ocho cuartos!

—Pues para que veas que no soy mentirosa y que yo sé muy bien, te lo voy á decir. Figúrate que á mí me lo dijo Chona González y á ella se lo dijo Lupe Herrera que ya es grande, antes de que se pelearan porque no quiso dictarle su “deber”!

—¡Dictarle su deber! ¿Qué deber?....

—Los deberes que escribimos los sábados,

¿no te enseñé uno mío, allá en la hacienda? ¿ya te acordaste?.... Pues verás....

Y la Nona, lastimada en su amor propio, denunció los manejos de las “grandes” del Colegio; sus idas subrepticias al jardín de adentro, el de los fondos del edificio, mientras la confidente cuidábale las espaldas y el resto de colegialas se desentendía de la maniobra; ligadas todas por tácita complicidad, necesitándose mutuamente y procurando que las “pequeñas” no sepan el pastel y las delaten con sus imprudencias.

—Lo que sí dicen,—continuó Nona,—es que no se puede saltar la zanja, porque hay una zanja, no te creas, así de ancha—y abrió sus brazos desmesuradamente á fin de indicar inconmensurable anchura,—pero sí se puede hablar y tirar cartas, amarradas á una piedrecita, que si no, se irían á la agua, las pescaría el jardinero, se las entregaba á las madres, y qué tal castigadota, eh?.... por eso no se lo digas á ninguno, pues á mí entonces me dirían chismosa....

¡De fijo que Rafael á ninguno se lo diría! Con el precioso descubrimiento, abrevió su visita á la Nona; le ofreció cuanto quiso

para la próxima visita, y todavía al despedirse y besarla, vínosele á los labios un consejo de padre honrado:

—No tengas amistad con las de los novios ni vuelvas á hablar de eso. Estás muy chiquita y las chiquitas no deben ni pensar en semejante disparate. Tú estudia y guarda muy buena conducta para que yo te quiera más cada día.

Y tambaleándose salió del Santo Espíritu, sin otra idea que ver á sor Noeline, á distancia ó como fuera, pero verla, verla...

—Vámonos por aquí, por esta calle, hasta la espalda del Colegio; yo te indicaré dónde paramos,—le ordenó al cochero al entrar en su *coupé*, á cuya portezuela se quedó asomado, devorando con la vista el barrio nuevo y todavía incompleto: corrales junto á *villas*; solitarias aceras á modo de cintas olvidadas en aquellos arenales que las empolvaban; casitas aisladas, sin vecindades en qué apoyarse, luciendo sus alegres fachadas modernas y sus costados de ladrillos con pedruzcos salientes. De muy lejos, distinguió la zanja descripta por la Nona; sí podía saltarse, aunque á riesgo de

resbalar en la orilla á pico y cuajada de lama.

Se apeó Rafael de su coche, y cautelosamente, inició su inspección; una inspección embozada, de malhechor que estudia el terreno en que ha de consumir su atentado y simula indiferencia pero no pierde contorno ni recodo. Por dicha, la calle ésa no ofrecía peligros, se hallaba anémicamente concurrida, sin gendarme, con sus pocas casas á respetables trechos una de otra, como si hubiesen reñido y cada cual mirara á distinto rumbo por no darse la cara ni amontonarse á la manera con que se amontonan las de las calles viejas y populosas. El foco eléctrico, polvoriento y descolorido, despertaba lástimas.

Cuando Rafael se supuso frente al jardín del Colegio, aventuró sus miradas al través de un cañaveral que crecía en la margen perteneciente al claustro. Nada. Árboles y más árboles, ni sombra de gente. ¿Andaría equivocado? ¿sería más allá ó más acá?.... Con mayor fijeza miró otra vez y tuvo que sofocar una exclamación; adentro, muy adentro había distinguido una toca de monja, que cual mariposa negra cruzaba por entre

los claros de los árboles; luego vió otra y otra yendo á parar en determinado sitio, el ocupado probablemente por sor Noeline y que él no descubría. Allí era, mas ¿cómo llegar? ¿cómo, sin que de la calle lo sorprendieran y en el Convento no se armara el gran escándalo?..... Si sor Noeline estuviese de acuerdo y procurara permanecer á solas un instante!..... Con razón los novios de las "grandes" con ellas charlaban y cambiaban misivas! Estaban tan próximas las dos orillas.....

Rafael golpeaba el suelo con su bastón, que se entraba en la tierra floja, descorazonado de ni contemplar á sor Noeline no obstante sentirla á unos cuantos pasos; descorazonado de carecer de inventiva para salvar dificultades. Fatalmente, se le apareció Chinto en la retina; Chinto, el hombre de los planes y de las travesuras afortunadas; el que le debía dinero y no podía negarse á servirlo. De nuevo se metió en su *coupé*:

—Al Club, á escape!—mandó Rafael á su cochero, convencido de que sólo Chinto era capaz de inventar algún ardid salvador. Chinto ó nadie en el mundo.

III

El Sport Club reía á mandíbula batiente desde la víspera en la noche, en que se hizo pública la ocurrencia. Los ancianos, socios graves y formales, reían; reían los jóvenes, la servidumbre, los azulejos de la fachada, el edificio entero reía hasta desternillarse, de la malignidad de Chinto.

De tal suerte, que cuando Rafael preguntó por él, del fondo de su carruaje, los socios que llenaban el zaguán le contestaron con una carcajada inmensa, descortés de puro sonora y sostenida, que hizo volver la cara á los transeuntes y amoscó á Rafael.

—¿Estaban locos para reír de ese modo?
¿Qué ha sido, hombres?.... Hable alguno.....